

Mota Zurdo, David: *En manos del Tío Sam. ETA y los Estados Unidos*. Granada, Comares Historia, 2021. 238 pp.

El autor, con interesantes trabajos previos ya en su haber, como *El sueño americano: El Gobierno Vasco en el exilio y Estados Unidos (1937-1979)* o *Los 40 radikales*, amén de numerosos estudios, se embarca en abrir una senda nueva de enorme interés, como es el primer acercamiento sobre la manera en que EE. UU. se interesó por España en relación al fenómeno de ETA.

La obra parte por hacer una breve, pero necesaria, introducción del balance historiográfico existente, dejando claro que todavía hay mucho que ahondar sobre la banda terrorista en los archivos y fuentes de otros países (siguiendo la estela de Ibon Zubiaur sobre su estudio de la Stasi). Todo ello deja patente que su esfuerzo es una interpretación original y pionera, apoyada en la documentación encontrada en los archivos estadounidenses, abriéndose a una vía no explorada hasta la fecha. Pero advierte de sus limitaciones (no toda la documentación está disponible, o bien ha sido censurada, y su valor es dispar) y su alcance, pues abarca desde las décadas de los 60 hasta los 80, dejando manifiestamente un camino abierto a otras futuras investigaciones.

Divide la obra en dos partes, muy bien equilibradas en su desarrollo; la primera abarca el periodo relativo a la etapa del franquismo (capítulos del I al V), y la segunda la transición, y la democracia (capítulos VI al X).

En los cinco capítulos primeros, Mota describe el contexto, clave para entender los acontecimientos y el nacimiento de ETA. Consta no solo el pronto interés de Washington por los movimientos de disidencia antifranquistas peninsulares, sino el singular hecho de que fue capaz de identificarla como un grupo con características propias antes que la dictadura (que no lo haría hasta 1961). Es por eso, entre otros factores, como saber si era una organización comunista o no, lo que despertó el interés por su seguimiento por parte del Departamento de Estado, siempre atento a cualquier amenaza contra sus intereses en Europa y España.

El autor describe, de manera sintética y clara, el proceso por el que ETA se metería de lleno en la estrategia de la «acción-reacción», muy influida por los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo. Sin embargo, puntualiza, ETA no fue nunca una organización cohesionada, desde el principio se dieron fuertes discrepancias ideológicas. Si bien, los estadounidenses, a pesar de la base violenta de ETA, no se tomaron en serio que pudiera matar, y se equivocaron por completo. En junio de 1968, la banda tomaría la decisión y sería el guardia civil José Antonio Pardines quien se convertiría en su primera víctima (aunque no fuera su objetivo principal). Tras ello, el fallido juicio de Burgos traería consigo que ETA fuera más visible a nivel internacional. El Departamento de Estado mostraría un vivo interés por el mismo y captó la atención de los influyentes *The New York Times* y *The Washington Post*. La CIA valoró erróneamente que el franquismo se había empeñado en centrar su batalla contra comunistas y anarquistas, obteniendo éxitos marginales, pero dejando

sin atender a un grupo que se revelaba más activo, ETA. Pero como matiza Mota, no fue así. El régimen sí actuó de forma contundente, aunque sin «acertar en su estrategia». En la década de los 70, los servicios de inteligencia americanos intuyeron que ETA podía estar preparando algo gordo. No les faltaría razón, aunque el objetivo sería Carrero Blanco (no Kissinger, como temieron). Y Mota se encarga de desmentir cualquier implicación de la CIA en el magnicidio (como algunas teorías todavía apuntan).

Ante el deterioro físico de Franco, ya advertían que se iba a abrir un nuevo escenario para la península. EE. UU. depositó sus esperanzas en Juan Carlos I. En este marco, ETA sufriría su gran escisión. Claro que a los americanos les preocuparía ETA tanto como la respuesta del régimen ante sus acciones pues, a pesar de su firmeza, no había mermado la capacidad de la banda, y su actividad debilitaba las posturas aperturistas y moderadas del seno de la dictadura.

En la segunda parte del libro aborda el periodo de la transición y la consolidación democrática. El fallecimiento de Franco, el 20 de noviembre de 1975, supondría un antes y un después en España, aunque no de forma inmediata. En el País Vasco, las fuerzas radicales consideraron que el advenimiento de Juan Carlos I era más de lo mismo. Por lo tanto, su objetivo se mantenía intacto: negociar con el Estado la independencia vasca. El método para lograrlo sería proseguir con la escalada de la violencia.

Los hechos de Montejurra y el 3 de marzo en Vitoria condujeron, en junio de 1976, al cese de Arias Navarro, cuyas políticas no iban en la dirección adecuada, siendo sustituido por Adolfo Suárez. Las autoridades americanas vieron bien la decisión adoptada, al considerar que Arias estaba conduciendo al país a una «vía muerta». Suárez no tardó en tomar medidas con el objetivo de impulsar elecciones. Pero uno de los grandes problemas a los que se enfrentaría sería el tema de la amnistía, optando por una de forma escalonada, para no incomodar a los sectores más reaccionarios del régimen. Y los norteamericanos siguieron considerando que la vía más eficaz para atajar la violencia de ETA solo podía llegar a través de una estrecha colaboración con Francia. Pero la política gala fue, en palabras de Mota, en esos años, la de «nadar y guardar la ropa». Las elecciones del 15 de junio de 1977 se celebrarían, a pesar de todo, con normalidad. El 15 de octubre, se daría luz verde a la Ley de Amnistía. Pero la CIA valoraría que la política antiterrorista de Suárez era demasiado cautelosa, mientras ETA se centraría en «desestabilizar la democracia». No lo conseguiría y se acabarían aprobando tanto la Constitución (1978) como el Estatuto de Gernika (1979).

En lo relativo a la relación de Estados Unidos y España en la lucha contra el terrorismo, Washington siempre lo vio como una cuestión doméstica española. Sí llevaron un seguimiento informativo continuado, debido a las amenazas vertidas por la banda hacia intereses extranjeros. Pero para la CIA, la amenaza de ETA nunca fue comparable a la de la RAF o las Brigadas Rojas. Otro asunto de importancia serían los rumores que corrieron sobre la relación de ETA con la KGB. Como indica Mota, no existen pruebas de ello.

En otro plano, la campaña antinuclear de ETA, a principios de los 70, le daría ciertos créditos a la banda, al apoyar a los movimientos ecologistas. Y ello alarmaría a Washington, puesto que había varias empresas e ingenieros vinculados a la construcción nuclear en el País Vasco. Finalmente, en 1984, por diversos motivos, se decidió pararla, lo cual fue considerado por ETA un «éxito estratégico», pero lejos estuvo de serlo.

Al inicio de los años 80, con la Administración Reagan, volvió sobre la mesa el tema de la relación entre ETA y la URSS. Así, el Departamento de Estado y la CIA se preocuparon por la situación española, y estuvieron atentos a aquellos empeños que pudieran evitar su ingreso en la OTAN (que sería en 1982). Aparte de esto, se dieron dos sucesos relevantes: el triunfo electoral del PSOE y la aparición de los GAL. En primera instancia, el Gobierno socialista prosiguió con la política seguida por sus predecesores. Aunque se ratificaron los acuerdos con Euskadiko Ezquerria, que darían lugar a la disolución de los *polimilis*, y se tendió la mano a ETA-m, la tentativa fue rechazada. Por ello, a nivel privado se constituyeron los GAL (1983-1987). Los americanos entendieron que los GAL se habían convertido en un cambio de estrategia gubernamental. Pero consideraron, de forma acertada, que, aparte de comprometer libertades y derechos, no sería eficaz, y que solo daría lugar a un incremento de la violencia. Paradójicamente, donde sí obtuvieron su mayor logro los socialistas fue en activar la colaboración de Francia para acabar con el *santuario* de ETA. Pero fue más por «conveniencia» que por «voluntad» porque París sabía que tendría que lidiar con «la violencia entre sus propios vascos». En todo caso, fue un éxito.

El último capítulo, Mota lo reserva» por «Mota reserva el último capítulo para retratar las campañas terroristas contra los intereses de EE. UU. en España en la década de los 80. En diciembre de 1982, las oficinas de varias empresas norteamericanas fueron golpeadas con explosivos GOMA-2. La CIA consideró que era un grupo disidente de ETA por las características del explosivo. Pero quien lo reivindicó fue Iraultza, un nuevo grupo de extrema izquierda, que no tenía nada que ver con la banda. Iraultza se dedicó, en su breve existencia, a infligir daños materiales y no humanos, en protesta contra «el imperialismo yanqui». Se la consideró una amenaza coyuntural.

En suma, llegados al final de esta aguda y magnífica obra, el autor nos permite asomarnos a un balcón muy valioso sobre el devenir de ETA y el modo en el que EE. UU. percibió y valoró su amenaza para sus intereses en la península. Con todo, Mota advierte que, a pesar de su disolución, todavía el tratamiento y los efectos (las víctimas) de la banda terrorista siguen siendo «un reto para la sociedad vasca». Y que aún siguen vigentes mitificaciones, por lo que tanto la memoria como la historiografía son cruciales para acabar con tales falsedades.

Cierto es que la banda nunca tuvo entre sus objetivos prioritarios a estadounidenses, y para el Departamento de Estado fue un asunto menor, dentro del marco de la Guerra Fría. Y por esa razón, se preocupó más de otros grupos terroristas españoles. Como reconoce el autor, hay otros muchos temas que se han quedado en el tintero porque no se ha encontrado documentación accesible. De ahí que considere que en la medida en la que el Departamento de Estado vaya desclasificando nuevos documentos, se podría ir ampliando la vía de investigación por él abierta. Concluyendo, pocas aristas, por no decir ninguna, se le pueden poner a una obra de referencia obligada para entender una parte significativa del fenómeno terrorista y la visión e interpretación que hizo EE. UU. del mismo.

Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja
ibm@euskalnet.net